

Visión urbana

y liderazgo político

David Gouverneur

Profesor de la Maestría en Diseño Urbano. Director del Instituto de Diseño Urbano para Alcaldes Universidad Metropolitana

La política es sencillamente el arte de gobernar la "polis". La ciudad es sin duda el epicentro de la vida económica y del avance cultural, en un mundo en donde los centros urbanos se hacen cada día más complejos, por su extensión, múltiples formas de vida, y las intrincadas relaciones entre éstas y su territorio. Tomando en cuenta los intereses de los diferentes actores urbanos, hacer política es esencialmente encontrar formas de gerenciar la ciudad, es vislumbrar caminos para hacer la convivencia urbana más productiva y feliz.

El reto no es sencillo. Requiere habilidad para manejar simultáneamente una amplia gama de componentes: económicos, sociales, técnicos, gerenciales, comunicacionales, jurídicos, administrativos, estéticos, sólo por mencionar algunos.

Un buen político debe ser además un buen planificador. Debe poder trazar una visión a futuro capaz de lograr transformaciones significativas, que suelen requerir de plazos largos, tomando decisiones a corto plazo, que le permita ganar credibilidad, y asegurar un mínimo de continuidad y sostenibilidad en sus actuaciones. Lo político rara vez puede separarse de lo urbano.

¿Qué tanto se puede hacer, cómo, cuándo y en dónde?, ¿Cómo se asegura ese éxito inicial?, ¿Cómo tomar las medidas, no siempre populares, pero que producirán con el tiempo un efecto positivo?.

El manejo político exige responder a múltiples factores, desde el fortalecimiento de la economía, frecuentemente asociado a la producción de bienes en la ciudad, hasta la dotación de infraestructura y comunicaciones, así como a aquellas medidas relacionadas con el mejoramiento de la seguridad, la calidad de los servicios y la satisfacción de las necesidades básicas de la población (vivienda, educación, salud, y amenidades). Todas estas variables tienen implicaciones directas con la forma de organizar el medio físico edificado.

Ciudad y Política en la Venezuela Contemporánea

En la historia reciente del país, la gestión política ha tenido altos y bajos, en cuando a la comprensión de los fenómenos urbanos y la importancia que los líderes políticos han otorgado a gerenciar y a asegurar la transformación física de las ciudades.

El despertar de la modernidad venezolana, hacia fines de los años cuarenta, propulsado por los ingresos petroleros, anunciaba una actitud decididamente urbana. Grandes inversiones públicas habrían de hacerse en las ciudades, donde se concentraba la riqueza nacional y hacia donde se desplazaba la población que dejaba de ser rural, para hacerse decididamente urbana. La gestión política de ese período se asoció de esta manera a la conformación de una nueva forma de visualizar las ciudades.

Estas fueron interconectadas entre sí (y con el exterior) por medio de grandes vías de comunicación, aeropuertos, puertos, puentes. También se introdujeron importantes equipamientos públicos hospitalarios, educacionales, deportivos y sitios para la recreación y el turismo. La industria de la construc-



Torres de El Silencio. Caracas. Foto Oscar Grauer. 1989



ción pasó a ser un motor decisivo de la maquinaria económica. Igualmente la provisión de viviendas de interés social, resultó un puntal emblemático de este acelerado proceso de transformación.

Eran políticas urbanas si bien coherentes, altamente centralizadas. Las regiones y los municipios poco tenían que opinar y aportar en este proceso. Las políticas nacionales no siempre eran sensibles a la diversidad regional y local, y menos aún favorecían la participación de las comunidades en la toma de decisiones. Pero sentaron las bases de un nuevo país. Los políticos de esas primeras décadas de la modernidad, interiorizaron la importancia de crear las ciudades que el nuevo país requería, y solicitaron para ello el concurso de los mejores profesionales de la época. Por otro lado, la inmigración europea fue particularmente importante en este proceso, al aportar una mano de obra y un espíritu de decidida urbanidad.

El país se descubría asimismo y ante el mundo con vigor. Las nuevas formas urbanas, cargadas de fuerza y osada plasticidad, anunciaban la conformación de una sociedad más plural, abierta, multiétnica, sin prejuicios. Cuán significativo fue para la gestión política, y para el país, la construcción del conjunto residencial de El Silencio, las Torres del Centro Simón Bolívar, la autopista Caracas-La Guaira o la Universidad Central.

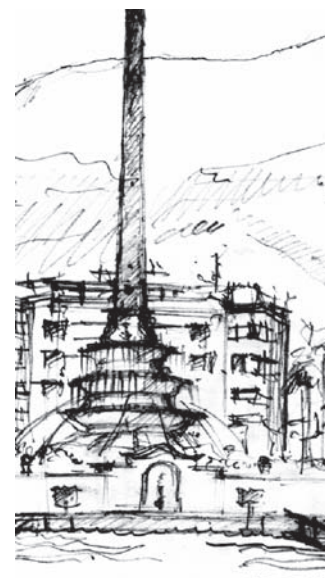
El sector privado por su parte emulaba al público en el frenesí de transformación y creación de nuevas ciudades y maneras de vivir. Es difícil hoy en día imaginar que un lugar tan emblemático para la Nación como la Plaza Altamira de Caracas, fuera producto de la iniciativa del sector privado, realizada para promocionar esa zona residencial, cuando ni siquiera un Plan de Regulación Urbana se había formulado para la ciudad.

Las cosas comienzan a hacer agua hacia los años 80. Si bien abundantes recursos petroleros seguían

ingresando a las arcas nacionales, la ciudad dejó de ser un campo de reflexión, experimentación y transformación sostenida. La gestión pública nacional, sobre todo en materia de infraestructura, vivienda, servicios y equipamientos, se deterioró, masificó y se convirtió en un instrumento esencialmente clientelar (otorgamiento de contratos de obras, sin visión alguna de ciudad). Tal vez la construcción del Metro de Caracas, fue la gran excepción, una iniciativa de gran envergadura e impacto urbano, una experiencia de coordinación multinivel, de gerencia sostenida, libre de las mezquindades politiqueras, proclamando que la ciudad podía cambiar sensiblemente, privilegiando el transporte público, el espacio urbano y el goce de la vida cívica.

Entre los indicadores de este proceso de degradación y falta de valoración de lo urbano, anteriormente descrito puede señalarse que: nuestros centros tradicionales e históricos se abandonan hasta casi desaparecer, la clase media se aisló en urbanizaciones cerradas frecuentemente amuralladas o en altas edificaciones, se descuidó el diseño y el mantenimiento del espacio público y declinó la calidad de las edificaciones públicas. Adicionalmente, se construyen desarrollos habitacionales por parte del Estado, a veces de gran tamaño, en zonas apartadas, sin preocupaciones urbanas, a manera de grandes *ghettos* monofuncionales sin identidad, en donde sus habitantes se refugiaban básicamente para dormir.

Por otro lado, la población de menores recursos quedaba a la deriva, creciendo así las áreas informales, si bien vigorosas y propulsadas por sus propios habitantes, en zonas supuestamente no aptas para ser urbanizadas, sin apropiada infraestructura, con precaria accesibilidad, sin los servicios ni las amenidades asociadas a la vida en ciudad. Venezuela se convierte paradójicamente en uno de los países de mayor índice de población



Plaza Francia. Altamira. Caracas.
Dibujo: David Gouverneur.

La construcción del Metro de Caracas, fue la gran excepción, una iniciativa de gran envergadura e impacto urbano, una experiencia de coordinación multinivel, de gerencia sostenida, libre de las mezquindades politiqueras, proclamando que la ciudad podía cambiar sensiblemente, privilegiando el transporte público, el espacio urbano y el goce de la vida cívica.

Con el crecimiento de la población y la merma de los recursos nacionales, y sin haberse propiciado una cultura de recaudación de impuestos y participación comunitaria a nivel municipal, se dejó de invertir en las ciudades, sobre todo en las grandes áreas ya urbanizadas. El soporte estructural de las ciudades habría de debilitarse.

urbana, pero con pobres condiciones de urbanidad y sin disfrutar las ventajas generalmente asociadas con la concentración urbana.

Con el crecimiento de la población y la merma de los recursos nacionales, y sin haberse propiciado una cultura de recaudación de impuestos y participación comunitaria a nivel municipal, se dejó de invertir en las ciudades, sobre todo en las grandes áreas ya urbanizadas. El soporte estructural de las ciudades habría de debilitarse.

Más adelante, se inicia hacia los años 90 un pernicioso proceso de construcción de desarrollos residenciales, con subsidios nacionales, en las periferias de las ciudades, en procura de “tierras de bajo costo”. Estas intervenciones fueron realizadas de manera aislada, con viviendas de baja calidad, sin sentido de pertenencia y sin las ventajas de las urbes, ni del campo. Un proceso de dispersión urbana que dificultaría a la larga para los municipios el manejo de los servicios básicos que complementan y dan vida a la ciudad (vigilancia, acueducto, cloacas, aseo, ornato)

A pesar del deterioro de la cosa urbana se destacan durante este período dos importantes cambios que afectarían positivamente la vida política y el futuro del país. Por un lado, se hizo un gran esfuerzo por establecer una visión nacional de carácter ambiental y propuestas de ordenación territorial, permitiendo la protección y el uso más racional de los recursos renovables del país, ejemplo que sería emulado por otros países latinoamericanos.

De igual manera se dio impulso a un importante proceso de democratización de la gestión pública, con las propuestas para la reforma del Estado que condujeron a la elección directa de Gobernadores y Alcaldes. Ello se tradujo en importantes avances en algunas ciudades de provincia, en marcado contraste al declive de las condiciones de vida en la capital. Valencia, Maracaibo, San Felipe, por mencionar sólo algu-

nas, comenzaron a poner en práctica importantes programas de recuperación urbano-ambiental. Fueron sencillos en sus comienzos, pero altamente efectivos. Labores de limpieza y recuperación de espacios abiertos, arborización, puesta en valor del patrimonio edificado, reorganización del transporte, programas de mejoramiento en barrios populares, etc.

Algunas de estas iniciativas se lograron gracias a la alianza estratégica entre el sector político y especialistas en temas urbanos, así como la cooperación entre nuestros municipios con agencias internacionales y nacionales dedicadas al fortalecimiento municipal. En ocasiones, programas adelantados con éxito en una ciudad eran emulados o adaptados en otras. Los líderes políticos locales y sus comunidades comenzaban a sentirse orgullosos de los cambios, libres de la tutela de la administración central.

Política y gestión urbana al clarear el Milenio

Vale la pena destacar que en las últimas dos décadas del siglo XX, a nivel mundial, se han caracterizado por el relanzamiento de una constelación de urbes compitiendo agresivamente entre sí. La meta en los diferentes contextos es aprovechar al máximo las ventajas comparativas de las ciudades, en función de sus atributos territoriales y urbanos, su capacidad económica, infraestructura instalada, idiosincrasia, etc. En el centro del debate se destaca la recuperación y la creación de los espacios públicos, haciendo grandes esfuerzos por asegurar un elevado nivel de diseño en tales intervenciones.

Ciudades como Boston, Barcelona, París, Buenos Aires, Curitiba, Bogotá, Santiago, Quito, Singapur, Sydney, lograron grandes avances en su posicionamiento dentro de sus respectivas regiones como ciudades atractivas y altamente ventajosas para la inversión y para el bienestar de sus pobladores.



Estos logros se asocian directamente a procesos sostenidos de transformación urbana, adelantados bajo la conducción de políticos visionarios. La actuación sobre el escenario físico se tradujo en importantes mejoras en términos de gobernabilidad, orgullo ciudadano, atracción de nuevas actividades económicas, incremento de la actividad turística, organización de eventos de proyección internacional, etc. En resumen, en un fortalecimiento de las actividades productivas y de la calidad de vida urbana.

El éxito alcanzado en las primeras fases de cambio, se tradujo en numerosos casos en la continuidad de la actuación política en los contextos en donde ello era permitido. Así no pocos alcaldes ocuparon cargos por más de 15 años, proyectándose luego hacia la conducción de gobiernos regionales (multiplicando a otra escala la experiencia ganada a nivel local). En otras oportunidades, la presión del colectivo, satisfecho por los cambios, se tradujo en la continuidad de los programas por parte de nuevas administraciones, en aquellos contextos en donde la re-elección inmediata o por más de dos períodos no era posible.

Volvamos al caso venezolano. Aquí el inicio del milenio se ha caracterizado por grandes transformaciones y tensiones en lo político, social y económico. Procesos de cuestionamiento y búsquedas. Lamentablemente, el tema urbano no sólo parece estar ausente del debate, sino al contrario resulta intencionalmente minimizado y la gestión urbana fuertemente disminuida por el propio juego político.

Veamos. Por un lado, el proceso de descentralización y afianzamiento de las competencias municipales se ha debilitado, con una fuerte tendencia a la adopción de políticas que emanan directamente del gobierno central. Esto suele favorecer la adopción de criterios estandarizados que no reconocen la diversidad regional y local, lo cual parece fundamental para lograr el mejor aprovechamiento de los atributos contextuales

de las diferentes urbes que inciden en el retraso de las actuaciones. Se enfatizan gastos públicos en actuaciones aisladas en vialidad, infraestructura o vivienda y no verdaderos programas concatenados de rehabilitación urbana, y sin interés alguno por la calidad de diseño de las propuestas.

Por otro lado, existe un subliminal desprecio hacia la cosa urbana, particularmente hacia las grandes áreas metropolitanas, en donde se concentra más de la mitad de la población del país. En contrapartida, se busca reforzar el sistema de ciudades intermedias y pequeñas, así como de elevar sensiblemente las condiciones de vida en el medio rural, lo cual de manera alguna debe ser contrario a la aplicación de políticas coherentes para gerenciar apropiadamente lo metropolitano, los grandes centros en donde se aglutina la fuerza económica e intelectual de la Nación, y que nos permiten ser competitivos como país.

Resulta ineludible, recuperar el tiempo perdido, retomar el camino de la revitalización, posicionamiento y adcentamiento urbano. Las instituciones del país, relacionadas con la planificación y gerencia del territorio y sus ciudades, deben ser fortalecidas. Elevar la calidad del liderazgo municipal es también fundamental en este proceso. Dotar al estamento político de la visión y las herramientas para transformar de manera efectiva las condiciones de vida en las ciudades resulta entonces materia prioritaria. De igual manera lo es asegurar la formación de profesionales capaces de entender la complejidad del fenómeno urbano, de manera de planificar y diseñar los escenarios edificados apropiados y servir de apoyo efectivo a ese liderazgo político. "Polis" y política, gerencia y buen espacio urbano son temas inseparables.

Existe un subliminal desprecio hacia la cosa urbana, particularmente hacia las grandes áreas metropolitanas, en donde se concentra más de la mitad de la población del país. En contrapartida, se busca reforzar el sistema de ciudades intermedias y pequeñas, así como de elevar sensiblemente las condiciones de vida en el medio rural, lo cual de manera alguna debe ser contrario a la aplicación de políticas coherentes para gerenciar apropiadamente lo metropolitano, los grandes centros en donde se aglutina la fuerza económica e intelectual de la Nación, y que nos permiten ser competitivos como país.